

CAPITULO VII.

Nuevas impresiones.



A isla que Colon llamó Fernandina, y que hoy se llama Exuma, parecia más civilizada que las del archipiélago que acababa de dejar atrás.

Sus habitantes se asemejaban á los de las islas anteriores, pero eran mucho más trabajadores, y su fisonomía revelaba mayor inteligencia.

Una prueba que podría alegarse en favor de su mayor cultura, es la de que aquellas gentes rendian culto al pudor.

En vez de presentarse en el estado primitivo, cubríanse las indias con delantales de algodón y mantos de la misma tela.

Bien es verdad que este era el signo de las personas más acomodadas, porque lo que podía llamarse la plebe usaba el traje del Paraíso.

Las moradas de aquellos indios formaban pabellones que estaban contruidos con ramas de árbol, cañas y hojas de palma.

Preservábanlos de los ardientes rayos del sol los anchos brazos de sus hermosos árboles.

Sus lechos estaban formados por redes de algodón sujetas por las puntas á dos árboles.

Eran las hamacas que conocemos hoy, y que por la primera vez vieron los europeos en aquella isla.

Los habitantes de la Fernandira, á pesar de las noticias

que habian recibido poco ántes de la llegada de los europeos, no pudieron ocultar el asombro que les causó su vista.

Mirábanlos á un tiempo con admiracion y terror, y se acercaban con ofrendas, creyéndolos enviados del cielo.

Solicitos en extremo por complacer á los españoles, cuando los marineros desembarcaban para tomar agua, les guiaban á los manantiales más cristalinos y más puros, les ayudaban á llenar los toneles y no les permitian que los llevasen á la orilla, sino que, cargando con ellos, los trasportaban, dándoles de este modo una gran prueba de los deseos que tenían en servirlos.

Pero tampoco tenían ellos lo que buscaban Colon y sus compañeros: el precioso metal que habia despertado su codicia.

Estos indios les ofrecian los frutos de sus campos y de sus selvas, sus loros domesticados, el algodón, que era el producto de más valor que poseian; pero ni el oro, ni las piedras preciosas de Cipango aparecian á las escudriñadoras miradas de los europeos.

¡Ah! si no se hubieran presentado á su imaginacion, con fulgor brillante, las soñadas riquezas; si despues de los largos dias que habian pasado en medio de los mares, sin más horizontes que las olas remontándose al cielo; si despues de tantos dias de duda, de zozobra y de desaliento hubieran podido entregarse á contemplar aquellos paisajes que se ofrecian á su vista, ¡cuán grandiosa, cuán bella les hubiera parecido aquella vírgen naturaleza que se aparecia á sus ojos rodeada de encantos sobrenaturales, con todos los atractivos, con todas las galas de su esplendidez!

Pero Colon, á fuerza de desengaños, habia aprendido á ser lo que hoy llamamos un hombre escéptico.

Conocia perfectamente que si al volver à España se limi-

taba á referir las maravillas que habia visto, le tendrian por visionario ó cuando más por poeta, y no estimarian los reyes la descripcion de estas bellezas, en tanto que aquellas no cubriesen los gastos que habia exigido la expedicion.

El almirante necesitaba á toda costa demostrar á sus protectores, presentando á sus admirados ojos espléndidas riquezas y los mejores y más magníficos productos del país que habia descubierto, que no habia sido estéril su sacrificio, y que podrian realizarse todos los proyectos que les habian impulsado á favorecer su arriesgada empresa.

Despues de pasar algunas horas en la Fernandina, dispuso Colon un viaje explorador en torno de su costa, y descubrió á dos leguas del cabo del Sudoeste un extenso puerto, capaz de contener cien bajeles.

Descansó en él nuestro héroe, en tanto que sus marineros se abastecieron de agua, y aquella fué una de las pocas ocasiones en que fijó el ilustre marino sus ojos en las maravillas que le rodeaban.

Abandonando la Fernandina el 19 de Octubre, tomó el rumbo del Sudoeste en busca de una isla llamada Saometo, en donde, por las indicaciones que le habian hecho los indios, creia Colon hallar las minas de oro y el suntuoso soberano de que ántes he hecho mencion con referencia á Marco Polo.

Sus esperanzas quedaron defraudadas.

Era, sin embargo, bajo el punto de vista de la magnificencia de su vegetacion, la mejor de todas las que habia visto.

El clima era suave; el aire perfumado; la costa estaba cubierta de finísimas arenas que arrastraban las transparentes ondas.

Colon la dió el nombre de su augusta protectora, la reina Isabel.

Pero dejemos hablar al almirante en su verdadero lenguaje

«Aquí, escribia á los reyes, hay unas grandes lagunas y sobre ellas y á la rueda, es el arbolado en maravilla; y aquí y en toda la isla son todos verdes, y las yerbas como en el Abril en la Andalucía; y el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca se querria partir de aquí, y las manadas de los papagayos que oscurecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras, que es maravilla; y despues hay árboles de mil maneras, y todos de su manera de fruto, y todos huelen que es maravilla, que yo estoy el más penado del mundo de no los cognoscer, porque soy bien cierto, que todos son cosas de valias.»

¡Lo que es la obcecacion!

Estaba tan poseido de la idea de haber hallado, más que un Nuevo Mundo un camino nuevo y directo al Asia, que hasta él mismo refiere en sus escritos que era tanto su empeño en descubrir los productos del Oriente, que al acercarse á aquella isla encantadora imaginó que respiraba el aire, los olores que exhalan las islas del mar Indico.

El agua era tan trasparente, que á través de de sus diáfanos cristales podian verse los abundantes peces que la poblaban, peces que ofrecian á sus ojos la novedad que todos los demas objetos que habian hallado en aquel Nuevo Mundo.

La brillantez de sus colores, los rayos del sol que reflejaban en sus escamas, rivalizaban con los raros matices y colores delas aves que cruzaban por el espacio y revoloteaban en torno suyo.

No hallaron en todas aquellas islas más animales que lagartos, utias, especie de conejos muy sabrosos, perros mudos, y guanacos.

Creyeron al pronto los españoles que estos últimos eran dañosos, por parecerse mucho á las serpientes; pero no tardaron en convencerse de que era un animal pacífico, y tam-

bien uno de los más sabrosos manjares con que podrian regalar su paladar en aquellas regiones tan apartadas de su patria.

--No hay duda, se decia Colon, y algunas veces lo decia á los que formaban parte de su estado mayor, esta isla debe ser la que alberga à ese famoso soberano de que habla Marco Polo, y en sus entrañas debe encerrar el oro que fascinó al viajero veneciano.

Los suyos le creian de buena gana; pero cuantas exploraciones habian hecho hasta entónces, habian sido infructuosas.

No hallaban más que una naturaleza en extremo fecunda, hombres y mujeres sin necesidades de ninguna clase, teniendo su alimento en la mano, como suele decirse. Pero el oro, el oro era un mito, era una incógnita que no podian despejar.

A pesar del poco tiempo que hacia que se hallaban á su lado los indios que habian tomado en Guanahani, éstos, inteligentes en alto grado, habian conseguido entender á los españoles y hacerse entender de ellos.

Dicho se está con esto que les asediaban á todas horas con preguntas para saber dónde se hallaba el oro.

Los indios señalaban al Sur.

Por la primera vez oyó Colon pronunciar el nombre de Cuba, y adivinó que Cuba era el nombre que daban á la isla aurífera que con tanto afan deseaba visitar.

De las señas y gestos de los indios coligió que la nueva isla á donde pensaba dirigir la proa de su nave poseia abundantes minas de oro, criaba perlas de las especies más finas y buscadas, y hasta pensó que le dijeron que iban embarcaciones grandes á comerciar con los habitantes de aquella rica isla.

--Ese es Cipango, se dijo, los buques del Gran Kan los que van hasta su orilla á comerciar. Es necesario ir allá,

examinar su puerto y establecer desde luego entre ella y España relaciones mercantiles.

El hombre es siempre esclavo de la ilusion.

Las canas plateaban la cabeza del ilustre marino, y, sin embargo, bajo aquella capa de nieve ardia el sol de la juventud, la ilusion y la esperanza.

--No lo dudeis, amigos míos, decia á los Pinzones y á los demas navegantes, que le escuchaban con la boca abierta deseosos de que no se engañara, buscaremos esa isla, buscaremos despues otra que debe estar muy cerca, segun indica Marco Polo: Bohio; recogeremos en una y otra grandes cantidades de oro y piedras preciosas, y pasando en seguida al continente indio, despues de ocho ó diez dias de navegacion, buscaremos la ciudad de Quinsay, que es una de las capitales más suntuosas, y una vez en ella entregaré al Gran Kan las credenciales que los monarcas de Castilla me han dado para que desempeñara mi embajada y volveremos triunfantes á España á recoger con el aplauso de nuestros compatriotas el premio de nuestros esfuerzos y de nuestro martirio.

Estas eran las ideas que llenaban la mente de Colon en el momento en que se separaba de las islas Bahamas para dirigirse por primera vez á la isla de Cuba.

Tres dias de suave y apacible navegacion le bastaron para llegar, sin perder de vista las encantadoras islas de Bahama que hallaba á uno y otro lado de su camino.

Un viento amorosísimo, como dice Colon en sus Memorias, henchia las velas, y las embarcaciones tomaron el rumbo del Sudoeste.

El 28 de Octubre por la mañana llegó á la vista de Cuba, descubriendo la costa oriental que hoy se llama Nuevitas del Príncipe.

Cuba, con su inmensa extension, con sus espléndidas coli-

nas, que se prolongaban hasta perderse de vista, reclinándose sobre elevadas montañas que iban á confundirse con el cielo, con sus verdes praderas, sus bosques, sus rios, sus golfos, sus radas y sus aldeas diseminadas por todo el panorama, le recordaba los paisajes magníficos de la antigua Sicilia, que, con todo el entusiasmo de la juventud, habia visitado ántes de salir de su patria.

Mandó arrojar las anclas en un hermoso rio, en cuyas orillas se levantaban frondosos y apacibles árboles que retrataban las ondas transparentes del rio, y desembarcando tomó posesion de la isla con las mismas formalidades que lo habia hecho con las demas, dándola el nombre de *Juana*, en conmemoracion del príncipe don Juan, á quien servia su hijo.

¡Cosa extraña! El audaz marino, miéntras habia luchado con lo desconocido, miéntras se habia visto amenazado por los que estaban á sus órdenes, miéntras habia tenido necesidad de desafiar el peligro, ni aun bajo la influencia de la alegría que despertó en su corazon la realidad de sus sueños, recordó á los séres más íntimamente ligados con su corazon.

Habíase dejado dominar algun tanto por la codicia y la sed de oro, no para él, sino para justificar su empresa, y habia acallado en su alma los sentimientos más generosos.

Pero ante tantas maravillas, en presencia de aquel sublime cuadro de la creacion, la codicia enmudeció, la admiracion se enseñoreó de todo su espíritu, á la admiracion siguió el sentimiento religioso, é inundando su alma de una fervorosa emocion, despues de elevar su plegaria al cielo porque le permitia ser testigo de tanta magnificencia, pensó en lo dichoso que seria si á su lado estuvieran los séres más queridos de su corazon.

Felipa y Beatriz dormían el sueño de la muerte.

Fernando era muy niño aún.

Solo Diego podia comprenderle.

Diego, al separarse de su padre, habia encontrado una Providencia en los reyes de Castilla.

El príncipe don Juan le tenia á su lado como paje.

El nombre con que bautizó aquella nueva isla fué la explosion al mismo tiempo de su gratitud y de su amor paternal.

Pocos indios hallaron en la orilla de la parte de la isla en donde desembarcaron.

A la llegada del los buques habian salido dos canoas con cuatro ó cinco indígenas; pero apénas notaron que los botes de las carabelas empezaron á sondar el rio para buscar surgidero, huyeron amedrentados, sin duda á participar la nueva de la horrible desgracia que amenazaba á los suyos.

Despues de tomar posesion de la isla, vió Colon á muy corta distancia dos chozas.

Se acercó á ellas, las examinó y vió que estaban abandonadas.

Pero halló en ellas redes perfectamente tejidas, anzuelos y arpones trabajados en hueso, y comprendió desde luego que aquella isla estaba mucho más adelantada que las demas, puesto que á primera vista hallaba síntomas de industria.

Dispuso el almirante que no se tocase á ningun objeto del los que habia en la choza, y volviendo á su bote continuó su investigacion rio arriba, contento y satisfecho al recrear sus ojos en la hermosura de aquel espléndido paisaje.

Las selvas que se elevaban á una y otra orilla ofrecian á su vista altísimos árboles de anchas y abundantes copas, llenos unos de frutas, matizados otros de flores.

Sobre todos ellos se levantaban las palmeras que servian á los indios para formar los techos de sus chozas.

Los exajerados elogios que prodigó Colon á la belleza del

paisaje, dice muy bien Washington Irving, los justifica el maravilloso cuadro que se despliega ante su vista.

Es imposible explicar el esplendor, variedad y pomposa vegetación de aquellos ardientes y vivificadores climas.

El verdor de los árboles y los matices de las plantas y las flores forman una beldad que no puede encarecerse; añádase la pura transparencia del aire y la profunda calma de los azules cielos, las florestas también llenas de vida, atravesándolas de continuo bandadas de pájaros de brillante plumaje, la inmensa variedad de loros y picamaderos que bullen por la selva, las numerosas avejillas que vagan de una flor á otra parecen por su vivo lustre partículas finas del arco-iris, y los flamencos, ó feniópteros escarlataes, que suelen verse también por las aberturas de la floresta en algun distante llano, formados en escuadron como los guerreros, como una escucha alerta para dar noticia del cercano peligro, y podrá concebirse toda la belleza de aquel cuadro.

No es la seccion ménos bella de la naturaleza animada la que encierra tantas tribus de insectos que pueblan todas las plantas haciendo alarde de sus brillantes cotas de malla que resplandecen como joyas preciosas.

Sublime y grandioso es el esplendor de la creación animal y vegetal en aquellos climas, en donde un sol ardiente comunica su propio lustre á todos los objetos y vivifica la naturaleza y la llena de exuberante fecundidad.

Las aves no se distinguen en general por su melodía, habiéndose observado que rara vez se junta en ellas la dulzura del canto con la brillantez del plumaje.

Observó, sin embargo, que las de varias especies cantaban melodiosamente entre los árboles, y con frecuencia se engañaba creyendo que oía la voz del ruiseñor, pájaro desconocido en aquellas regiones.

Estaba Colon, en efecto, dispuesto á verlo todo á través de un propicio y favorable medio.

■ Su corazón rebosaba en la plenitud del júbilo de haber alcanzado sus esperanzas, y el duro pero glorioso premio de sus trabajos y peligros.

■ Todo lo contemplaba con la amorosa mirada del descubridor, mezclando la admiración con el triunfo; y es difícil concebir los éxtasis de su ánimo, mientras exploraba y admiraba las gracias de un mundo virginal, ganando por su genio y por lo grande y atrevido de sus empresas.

El sol, templado por la altura de las montañas, por la sombra de los árboles, por la corriente de las aguas, fecundizaba la naturaleza sin calcinarla.

La luna y las estrellas reflejaban durante la noche en el río, con luces y cambiantes tan espléndidos que atenuaban su aspecto lúgubre.

Colon condensó la impresión que le producía toda aquel paisaje en una frase tan sencilla como bella:

—Podría vivir eternamente aquí, exclamó.

En efecto, el clima de aquella isla es más templado que el de las demas, y nada hay más encantador que una noche en los trópicos; la majestad de aquel cielo azul y diáfano, la pureza y brillantez de las estrellas, la luz resplandeciente de la luna bañando los árboles, los valles, las sierras, constituían un cuadro que se puede concebir sin verle.

¡Cuán lejos estaba entonces de imaginar las furiosas tempestades que en muchas ocasiones combaten el mar de aquellas islas! Ordinariamente pacífico, cuando llega á irritarse en aquel paraje, nada hay más espantoso que sus iras.

Rompe todos sus diques, inunda los campos, destruye cuanto se le opone, y deja detrás de sí tristes reliquias y desoladores recuerdos.

Es, sin embargo, un hecho comprobado que las ballenas que casi anualmente devastan las Bahamas y otras islas próximas á las de Cuba, muy pocas veces aparecen en este país privilegiado.

Un verdadero poeta ha dicho que su belleza es tal, que hasta los elementos deponen ante ella su furia, gozándose en contemplarla.

Pero cuanto más belleza descubria Colon en torno suyo, más creían acercarse al Asia.

Algunos de los suyos encontraron en las playas conchas de las ostras que producen las perlas.

Esto aumentó su ilusion, y llegó á imaginar que detrás de las montañas de la isla ó del continente, porque no estaba cierto de si Cuba era ó no tierra firme, hallaria los imperios, la civilizacion, las minas de oro y otras maravillas con que los viajeros entusiastas dotaban al Catay y al Japon.

No logrando entenderse con los naturales, que se alejaban de la costa á medida que se acercaban los españoles, envió á Pedro Gutierrez, que hablaba el hebreo, y á Alonso Velez, que por haber estado entre los moros sabia el árabe, en busca de las fabulosas ciudades de aquella tierra, para que averiguasen dónde se hallaba el soberano.

Estos dos embajadores salieron cargados de presentes para los indígenas, y con órden de no entregarlos más que á los que les dieran oro.

Durante el viaje, Colon, lo mismo que los marineros, fascinados por la codicia, en unos más dispensable que en otros, se entregaron á fantásticas ilusiones.

Pero los enviados no tardaron en volver á las carabelas sin haber descubierto en el camino más que chozas diseminadas en medio de una pródiga vegetacion, adornadas con flores y acariciadas por deliciosos perfumes.

Lo único que habian logrado á fuerza de regalos era que les siguiese uno de los naturales.

Aquel corto viaje de exploracion sirvió á los europeos para darles idea de una costumbre que no conocian, y que hoy se llama vicio por el abuso que de ella se hace.

Los europeos acababan de descubrir el tabaco, planta que, seca y madura, envolvian los indios en hojas de maíz, ni más ni menos que nosotros la envolvemos en el papel, encendiendo una de las puntas y aspirando el humo por la otra.

Interrogó Colon como pudo al indio que le trajeron Gutierrez y Velez, y por sus indicaciones se figuró que le que ria decir que hacía el Occidente de la isla, costeándola, hallaría la magnífica ciudad del rey.

Emprendió este viaje, desembarcando de cuando en cuando para visitar los países que le parecian más dignos de atencion.

Las casas que habia estaban construidas con ramas de palma formando tabellones.

No formaban calles, pero los muebles y objetos que habia en las chozas demostraban que habia más arte y civilizacion que en las islas que habian dejado atrás.

Todas ellas estaban en extremo limpias, y en alguna habia rudas estatuas y máscaras de madera en talladas con mucho arte.

Notando que en todas estas viviendas habia instrumentos de pesca, supuso que la costa estaba solo habitada por pescadores, y continuó su viaje al Noroeste, descubriendo dos ó tres días despues un gran cabo, que llamó de las *Palmas*, por estar cubierto de palmeras.

Este cabo forma la entrada oriental de lo que hoy se llama Laguna de Moron.

En tanto que el almirante se desesperaba al ver que sus conjeturas salian fallidas, tenia lugar á bordo de la *Pinta* una escena entre Martin Alonso y tres indios de la isla de Guanahani que iban en su compañía.